

# MUJER Y PORNOGRAFÍA

*Martha I. Moia*

*En la escena pornográfica, no tengo nada que decir.*

Luce Irigaray

Sin embargo, van apareciendo voces que quiebran el silencio de las mujeres. Mutismo de múltiples razones: indiferencia, vergüenza, ignorancia, fascinación, asco..., todas obedecen a una causa común: las mujeres no participan ni en la concepción ni en el consumo del producto pornográfico. A tal punto que la asociación de «mujer» y «pornografía» aparece como mezcla detonante<sup>1</sup>. No obstante, La mujer es la *vedette* del objeto pornográfico, su posibilidad misma de existencia.

<sup>1</sup> HANS, MARIE-FRANCOISE et LAPOUGE, GILLES, *Les femmes, la pornographie, l'erotisme*, Paris, Editions du Seuil, 1978, p. 12.

Si exceptuamos las experiencias personales, las opiniones aisladas de algunas pensadoras y los intentos más organizados de lucha contra la pornografía que llevan a cabo ciertas agrupaciones de mujeres norteamericanas, las mujeres no tenemos un discurso propio sobre la pornografía. La única razón que nos lleva a pensar que debemos tenerlo es la violencia que desencadena la escena pornográfica.

Más importante —por anterior y urgente— es la interrogación acerca de la sexualidad de la mujer. *Sexualidad y violencia*. He aquí los dos discursos que estamos elaborando y que aluden, indirecta y directamente, a la pornografía. A manera de información, presentaré algunos de sus elementos.

## PORNO-GRAFÍA: DE Y PARA HOMBRES

El discurso pornográfico nos es ajeno desde sus orígenes, puesto que se articula a partir de dos instituciones creadas por los hombres para des/existir a las mujeres: esclavitud y prostitución. Así lo señala la etimología: del griego *porné*: prostituta, deriva de *pernemí*: vender como cautiva/o<sup>2</sup>.

El mensaje que vehiculiza la escena pornográfica es una apología de la coerción. Su estructura profunda no es la sexualidad/genitalidad de ambos sexos —como podríamos pensar en una primera aproximación— sino las relaciones de dominación que gobiernan la realización del acto sexual. La prueba de que el hombre ha dominado sexualmente a la mujer es el orgasmo femenino, que «a/testigua» (la verdad representada por el testículo) que «las técnicas del gozar elaboradas por los hombres son válidas, que el hombre es el dueño incontestado de los medios de producción del placer<sup>3</sup>.»

<sup>2</sup> La etimología a la *Lacan* (por-no-escribir) carece de valor teórico hasta para quien la propone. Vid. el artículo de SARA GLASMAN, «A una cantante alemana», en VARIOS, *La revolución teórica de la pornografía*, Barcelona, Ucronia, 1978, de aquí en adelante citado *Ucronia*.

<sup>3</sup> IRIGARAY, LUCE, «Francesas, no hagáis un esfuerzo más», *Ucronia*, p. 42. El subtítulo de este artículo es la primera línea del texto de L. Irigaray.

La prostitución y la esclavitud no son sino consecuencias institucionalizadas —relativamente modernas— de la *Weltanschauung* masculina. El análisis de los ritos de iniciación al mundo masculino adulto de las sociedades primitivas (aproximadamente 10.000 años A. de C. hasta hoy) nos permite afirmar que la identidad de los hombres se funda y mantiene en y por la coerción. El ser viril se conforma sólo mediante relaciones de dominación, ejercidas *por igual sobre otros hombres y las mujeres*<sup>4</sup>. Por esto, no debemos limitarnos al estudio de instituciones patriarcales tardías, sino que debemos desenmascarar los elementos más arraigados en la cosmovisión masculina. Son estos los que alimentan el imaginario sexual de los hombres, que desborda los límites de las antiguas instituciones griegas y encuentra en la pornografía uno de sus medios más expresivos.

## LA ECONOMÍA SEXUAL FALO-CRÁTICA

El protagonismo de La mujer en la escena pornográfica puede hacernos creer que el mensaje va también, al menos en parte, dirigido a ella/s. Pero la re/presentación de la relación de dominación sexual no tiene a las mujeres como receptor, sino a otros hombres. El goce (?) de la mujer —y su culminación: el orgasmo— no aparecen sino como demostración de la potencia masculina, cuya cantidad y cualidad importan al Otro; que no es, como cabría pensar, un tercero invisible, sino el segundo eje de la relación. «Entre dos hombres, por lo menos, se establece una relación en la que la joven ignorante es la mediación prescrita por la sociedad<sup>5</sup>.»

Entonces, la función de la mujer en la economía sexual falo-crática es la de *metro patrón* de la potencia sexual viril. Sin esta «medida» le sería imposible (?) al hombre establecer la escala jerárquica, única regla de su juego.

Es importante destacar que el hombre —que sí parece tener una mirada sobre su sexualidad— puede re/cortarla, circunscribirla al

<sup>4</sup> Para un análisis más detallado, *vid.* MOLA, M., *El no de las niñas*, Barcelona, la Sal, edicions de les dones. (en prensa).

<sup>5</sup> IRIGARAY LUCE, *ibid.* pág. 3.

coito y privilegiarlo, convirtiéndolo en el acto supremo y único reconocido para la sexualidad de ambos sexos.

Pero aun en su función de medida es falseada la sexualidad de la mujer, cuya naturaleza no se limita sino artificialmente al momento del coito. El sistema masculino de re/presentación del deseo con su insistencia en la erección/penetración/descarga, no incluye el goce de la mujer. La pornografía nos muestra bien que no se trata de nuestro goce, sino de nuestra su/misión (su-goce: nuestra-misión) a un imaginario del cuerpo y del deseo que no es el nuestro.

## LA PEQUEÑA DIFERENCIA

Las opiniones que las mujeres empiezan a manifestar sobre estos temas nos muestran una utilización diferente de ciertos términos: pornografía, erotismo, obscenidad, sexualidad, sensualidad.

En el lenguaje corriente, el erotismo es una «pornografía distinguida», y el porno, un «erotismo del pobre»<sup>6</sup>.

Para las mujeres entrevistadas por Hans, pornografía es, por una parte, todo aquello que trata del amor (Eros), sin connotaciones sucias o peyorativas y, por otra, algo desagradable, obsceno. Es decir, o no existe diferencia entre pornografía y erotismo, o existe, y lo porno es sucio y feo.

Entre estas dos posiciones hay una duda («no sé si lo que digo/hago es pornográfico o erótico») que no debe ser interpretada como

<sup>6</sup> Conviene, para aclarar el contraste, dar algunas definiciones que se manejan en el discurso masculino: «Lo erótico: belleza libidinizada; lo pornográfico: fealdad funcional.» J. M. Lo Duca; «La pornografía designa no tanto la sexualidad como su representación... la mirada que sobre ella misma se dirige.» G. Lapouge; «(la pornografía es) un relato de una ideología sobre lo sexual transmitida a nivel de los medios.» O. Massotta; «El erotismo reina cuando puede ser sugestión, alusión, demora hasta la obsesión incluida.» J. M. Lo Duca; «La pornografía consiste en hacer

ignorancia o indiferencia (la duda, ¡esa cualidad tan femenina!) sino, más bien, como la suspensión del juicio moral, un dejar ser/hacer.

Este nuevo —por recién descubierto— erotismo hace referencia a una sexualidad plural, que no privilegia el coito, que se re/parte por todas partes mientras se conserva. De allí que ciertas autoras<sup>7</sup> piensen que las mujeres viven en un medio completamente erótico. No se trata de vivir en un orgasmo perpetuo, sino en un estado constante de comunicación con un mundo visceral al que, sin duda, la fisiología de los genitales contribuye: por la forma misma de su sexo, a la vez abierto y cerrado, dentro y fuera, la mujer se toca todo el tiempo<sup>8</sup>.

Desaparece así la noción del orgasmo como fenómeno puntual. O, dicho de otra manera, se trata de un orgasmo que se da en un contexto espacio-temporal diferente, y cuya continuidad depende sólo de la escucha atenta del propio cuerpo.

La fisiología nos ha impuesto una «ceguera» corpo/sexual que hasta ahora ha servido para hacernos sentir una «falta», ya que la vista, sentido de/predador en tanto que único poseedor de la verdad sobre las cosas, ha sido privilegiada por el modelo masculino. Serán los otros sentidos, los que «interrogan el secreto»<sup>9</sup>, aquellos que nos permitirán escapar de la trampa reduccionista que nos ha tendido la vista/mirada.

El cuerpo de la mujer habla de otro tiempo, de otra aventura, de otras fiestas del sexo: «Yo quería la felicidad de vivir, la mía y no la de un otro cualquiera, la de amar aquello que tocaba, veía, escuchaba, comía, sentía en todo mi cuerpo de mujer, pues quería amar, tocar,

---

dinero con el sexo... el erotismo trata de dilucidar los mecanismos del placer por medio de ese «efecto de conocimiento» específico de la "creación artística".» B. Muldworff. Las citas provienen de *Ucronia*.

<sup>7</sup> Por ejemplo, FORRESTER, VIVIANE, en *Hans y Lapouge*, op. cit. p. 77 y sig.

<sup>8</sup> «De l'autre côté du miroir. Entretien avec Luce Irigaray», en *Politique Hebdo*, núm. 265, abril 1977, p. 38

<sup>9</sup> La frase es de Marie-Françoise Hans.

ver, escuchar, comer, sentir mi cuerpo en su popia felicidad de vivir... Ver y sentir la sangre tierna y caliente que fluye de una, de la fuente, una vez por mes... Ser esa vagina, ojo abierto en las fermentaciones nocturnas de la vida, oreja tendida a las pulsaciones, las vibraciones del magma originario, mano ligada y des/ligada, boca amorosa de la carne del otro... Estar encinta, ser *cittadella* alta y redonda, cerrada sobre la vida que empuja y se dilata adentro... Parir... el paroxismo suntuoso de la fiesta... Y aún, la leche que sube hacia la boca de la criatura e hincha dolorosamente el seno...»<sup>10</sup> Re/valorización de los ciclos de la vida en tanto que fuentes de placer erótico.

La fealdad del sexo, la falta de placer durante el acto sexual son consecuencias del exilio de la mujer de su propia sexualidad. Pocas son las mujeres que han mirado su sexo y lo han encontrado bello. La mayoría lo viven como algo desagradable y poco excitante, de allí que el que un hombre lo encuentre deseable sea «maravilloso».

Los tabúes de la religión cristiano/judaica han contribuido en gran medida a la alienación de la mujer. No menos importancia han tenido en la represión de nuestra libido la cosmovisión ancestral masculina y sus prohibiciones, entre las que destacan el horror por la sangre menstrual y el dolor como cláusula necesaria de placer.

Cuando la entrevistadora menciona la posibilidad de un espectáculo erótico femenino aparecen las mismas imágenes: una playa, los rayos del sol, el mar, el bosque, un gusto por ciertas telas como el satén, el terciopelo, la seda, las pieles, por todo aquello que se palpa y se ve a la vez, se acaricia y se toca, lo que llevamos sobre la piel<sup>11</sup>. Pero a las mujeres se nos ha privado del goce del tacto y de lo fluido. La fluidez del tacto y de lo líquido es una transgresión de lo sólido/visto. Sin embargo, la sexualidad de la mujer se caracteriza por este goce ininterrumpido (fluido), al que cabría agregar todas las sensaciones del olfato, el gusto y el oído, sin los que no puede lograrse la acuidad sexual.

<sup>10</sup> LECLERC, ANNIE, *Parole de Femme*, Paris, Grasset, 1974, p. 39.

<sup>11</sup> HANS, MARIE-FRANÇOISE, *op. cit.* p. 86.

## DE LAS VIOLENCIAS

Una de las funciones principales de la pornografía es «difundir una ideología del placer y del goce que incita a la relación de violación, que valoriza a los violadores y que persuade a las víctimas de que son, de hecho, consentidoras y satisfechas puesto que (sólo ellas) sólo se satisfacen en el masoquismo»<sup>12</sup>.

Si la verdadera naturaleza de nuestro placer nos ha sido ocultada/tergiversada/negada, lo mismo podemos decir de nuestro dis/placer.

El imaginario sexual masculino aprueba un sólo dis/placer: el infligido a conciencia por el hombre. Esta noción se funda en el axioma fantasma según el cual *todo* gesto sexual masculino *debe* producir placer en la mujer. Recordemos el caso de Dora analizado por Freud<sup>13</sup>. La joven de catorce años se halla sola en su casa. Aparece un amigo de la familia —VIEJO— quien la acosa sexualmente y le da un beso en la boca. La adolescente logra zafarse del abrazo y escapa, disgustada.

Para Freud, esta situación debería haber suscitado una excitación sexual placentera en una niña *sana*. Por lo tanto, la sensación de dis/gusto arroja a Dora a la categoría de lo enfermo (histérica).

Las sensaciones sexuales *sanas* para/de la mujer no tienen cabida en el modelo sexual masculino. El placer masoquista femenino —en sí una respuesta sana si tenemos en cuenta el ámbito de opresión en el que se inscribe— se nos presenta mediante la pornografía como un elemento constitutivo de nuestra sexualidad, y no como lo que

<sup>12</sup> POGGI, DOMINIQUE, «Una apología de las relaciones de dominación», *Ucronia*, p. 96.

<sup>13</sup> Agradezco a Mary Daly no sólo el haberme ofrecido este análisis de la teoría freudiana sino, además, informado de la manipulación que Freud hizo de sus datos: en su correspondencia con W. Fliess admite la realidad del amplio abuso sexual al que los hombres someten a las niñas, mientras que la niega en *Dora*. Vid. DALY MARY, *Gyn/Ecology*, London, The Women's Press, 1979, p. 267 y nota 69 al cap. 7.

verdaderamente es: una respuesta condicionada por el estímulo sádico que caracteriza la relación sexual de dominación masculina.

Las mujeres hemos sido condicionadas para dejarnos seducir por la violencia. Y si algunas sienten placer, no podemos olvidar que este proviene de su participación en el goce del varón. Ya que, «¿conocemos acaso otra sexualidad que no sea la de la violación?»<sup>14</sup>

Desde mediados de esta década, lo que hace vender es la imagen de la mujer violada o muerta, esclava o amo. El *Chic Brutal* que ha invadido las revistas de moda, los escaparates de las tiendas, las portadas de los discos, los filmes *snuff* («morirse» en el argot norteamericano) y el porno infantil, se han convertido en una industria multimillonaria: la Nueva Pornocracia. Esta escalada que también incluye el porno gay y las mafias del crimen, la droga y el secuestro de mujeres-criaturas con fines de abuso sexual, ha movilizado a las feministas de los Estados Unidos.

En noviembre de 1977 se realizó en San Francisco la Primera Conferencia Nacional sobre la Pornografía. Las mujeres crean grupos regionales y nacionales: en el Este, WAP (Mujeres Contra la Pornografía); en el Oeste, WAVPM (Mujeres Contra la Violencia en la Pornografía y los Medios) y la coalición WAVAM (Mujeres Contra la Violencia Contra las Mujeres). Las acciones incluyen desde una campaña exitosa contra la Paramount Pictures, para obligarla a sacar de circulación los anuncios sex/plotadores del filme *Bloodline*, hasta las manifestaciones en Times Square, el Pentágono de la Pornografía, durante las que miles de mujeres se unieron bajo el lema WOMEN UNITE, TAKE BACK THE NITE (mujeres unámonos, recuperemos la noche), y las demostraciones educativas que se vienen realizando desde el pasado octubre todos los martes<sup>15</sup>, que consisten en un *show* de diapositivas de mujeres que son violadas/muertas en el colmo del éxtasis masoquista y una visita guiada de las tiendas porno, los bares *topless* y los cines S de la calle 42.

<sup>14</sup> Esta es una de las preguntas que Luce Irigaray hace a los pornógrafos en el primer artículo citado.

<sup>15</sup> Para más información, dirigirse a 579 Ninth Ave., N. York.



La cuestión que interesa a las mujeres es la *violencia* en la calle, puesto que «la violencia en la calle lleva a la violencia en el dormitorio y el despacho». Los pornoaristócratas alegan que esta causalidad no está demostrada, pero las mujeres han probado que incluso el informe del Comité Presidencial sobre la Pornografía y la Obscenidad de 1970 estuvo viciado por la manipulación de los datos que la confirmaban. Wolfgang, uno de sus miembros, dice recién hoy eufemísticamente: «El peso de la evidencia sugiere que las imágenes violentas tienden a promover el uso de la agresión física en la gente que está expuesta a ella»<sup>16</sup>.

En suma, las mujeres defienden el derecho a moverse libremente, sin miedo a la degradación psicológica y al peligro físico que la pornografía incita y sanciona.

Es importante hacer hincapié en la diferencia entre lo real y lo imaginado. No es casual que exista en el mercado porno-erótico un producto como *El imperio de los sentidos*<sup>17</sup> en el que, al decir de un Lacan, «el erotismo femenino parece ser llevado hasta el extremo y este extremo es el deseo de matar al hombre»<sup>18</sup>. ¿Justificación de los filmes *snuff*? Esto sería lo de menos. El actor japonés no murió realmente, mientras existe por lo menos un filme porno, distribuido privadamente en los Estados Unidos, en el que la actriz es muerta *de verdad* por sus cinco violadores-torturadores. Y si bien el escándalo fue silenciado rápidamente, existe en el mercado un filme popular, *Snuff*, que es una imitación del anterior.

Y queda aún por demostrar que la muerte es el extremo del erotismo femenino, como nos quieren hacer creer Oshima y Lacan.

## ¿UNA PORNOGRAFÍA AU FEMININ?

Parece inevitable preguntarse si las mujeres sienten necesidad de concebir/consumir productos porno-eróticos específicamente «femeninos».

<sup>16</sup> *Time*, August 27, 1979, p. 29.

<sup>17</sup> Tampoco es casual que exista *Kramer contra Kramer*, o «el derecho del padre».

<sup>18</sup> G. SCARPETTA, *El imperio de los sentidos*, Ucrania, p. 57.

No sé si hemos logrado reivindicar la existencia de un alma, ni cuánto tiempo nos llevará la reivindicación de nuestro cuerpo. Cierto es, sin embargo, que poseemos un imaginario del deseo, con fantasmas y todo. Ahora bien, ¿haremos de él lo que ha dado en llamarse un producto cultural?

Conviene recordar que las mujeres hemos hablado siempre sobre la sexualidad, tanto de la propia como de la de los hombres. Lo que resulta difícil de explicar es por qué tuvimos, y seguimos teniendo, esa resistencia al discurso gráfico. Las pocas fuentes escritas, tales como los relatos antropológicos o el raro *Evangile des quenouilles* del siglo XV, este último y la mayoría de los primeros redactadas por hombres, nos señalan otra diferencia: el discurso sobre la sexualidad se enmarca en otro más amplio, el de la vivencia social. Y tiene lugar mientras se trabaja entre otras mujeres.

Dado por supuesto el conocimiento de lo «específicamente femenino», podríamos aventurar una respuesta: o bien hay un *hacer* del imaginario sexual, en cuyo caso el producto cultural es in/necesario, o bien hay un *decir* que, al resistirse a la fijación gráfica, impone otra(s) forma(s) al producto.

Esto no excluye —es preciso subrayarlo— la necesidad perentoria de exigir productos culturales que respondan a nuestra cosmovisión. Sólo entonces podremos definirlos— si es que nos hace falta la definición...

Junio, 1980

## WOMEN AND PORNOGRAPHY

*Starting from the basic premise that women have nothing to say about the pornographic scene, the article deals with two lines of thought/action sustained by women which, in/directly touch upon pornography: the analysis of women's sexuality/sensuality —the «feasts of sex»— and the organized efforts of women —mostly in the U.S.A, e. g. Women Against Violence Against Women— to eradicate male violence, particularly stimulated by the pornographic message.*

*Women's voices —a recent phenomenon— talk more about eroticism, and expose pornography as one of the many instruments of male oppression, facts which make a «feminine pornography» highly doubtful, if not altogether out of the question.*